

## Pilar Boixadera Cuantijoch

He escogido para relatar una historia de sabiduría vital, la vida de una amiga, que respeto y admiro por la forma que ha decidido vivir su vida, que ha tenido un recorrido doloroso, quizá el dolor más grande que una persona puede sufrir, que es la pérdida de un hijo, en este caso han sido tres, y ella ha sabido rescatar de ese dolor un mensaje de esperanza, dando apoyo con su testimonio, sosteniendo con su ejemplo y con su actitud.

Pero vamos a empezar por el principio.

Celia tuvo dos abortos espontáneos antes de que naciera su primer hijo, Carlos, con un embarazo de riesgo, y un parto difícil con complicaciones para el bebé, como rotura de clavícula y subida de la bilirrubina. Tuvo que dejar el hospital sin su bebé, le costó llegar a casa con las manos vacías, pero finalmente después de varias semanas llegó Carlos a casa.

Dos años después nace Andrés, después de otro embarazo difícil, por cesárea.

A los dos años, Celia vuelve a quedarse embarazada y a los 6 meses de embarazo, tiene contracciones y al llegar al hospital con dilatación le quisieron practicar un cosido vaginal, pero al moverla a una camilla se provocó el parto y nació una niña muy pequeñita, con muchos problemas, que murió unas horas después de nacer.

Celia, cuando estaba esperando entrar en la sala de parto, se dio cuenta que el bebé no se movía; decidió ponerse a rezar, ofreciéndole a Dios su dolor, para que su hermano, que tenía dificultades para tener hijos, pudiera tenerlos. "HAY UNA PARTE DE MÍ, INNATA, QUE RESCATA, VEO DONDE NO HAY".

Al año siguiente nace Fernando, tras otro embarazo difícil y en cama, nace un niño prematuro pero sano. "Yo quería tres hijos y en ese momento estaba muy contenta con mi familia".

Celia recuerda que un día que le comentó a su marido: "Estoy tan llena de todo, que no sé para dónde voy a crecer".

Pocos días después de hacer este comentario, Celia salió con Andrés para llevarlo a clase, cogieron el coche y mientras iba conduciendo tranquilamente,

otro coche se le cruzó, dio un golpe de volante y el coche volcó, Andrés salió despedido y Celia quedó en la parte trasera, Andrés se dio un golpe en la cabeza y murió en el acto, todo fue muy rápido, ella no recibió ni un rasguño.

A los dos días de morir Andrés, Celia mientras se vestía pensó "si yo me hundo, se hunden todos, si quiero que mi hijo siga viviendo en el recuerdo tengo que hacer algo, él podrá seguir existiendo a través de mi vida, de mi testimonio".

Este estado muy espiritual, le duró como un mes, hasta que se permitió llorar.

Fue entonces cuando pudo empezar a sacar el dolor, y decidió ir a ver gente que estaba pasando lo mismo que ella. Compartir le ayudaba a llevar el dolor, acudió a un grupo de auto-ayuda, pero lo que más le ayudaba era el pacto que había hecho con su hijo, en el momento de despedirse de él: "no pasará desapercibida tu muerte".

El hecho de no darse permiso de sentirse mal, le generaba mucha tensión. A Carlos, su marido, le daba miedo que se quedara paralizada en el dolor. No podía hablar de futuro, se le venía el mundo encima, solo podía hablar del presente, el futuro le asustaba, pues tenía miedo que se le olvidara Andrés, le asustaba tener ratos en los que no estaba triste, pensaba que eso no podía ser. Tenía una sensación de vacío en sus brazos. El vacío fue sobre todo al principio del duelo.

Hasta que un día aceptó y se dio cuenta de que podía estar bien sin dejar de tener presente a su hijo.

Poco a poco la familia se reorganizó, siendo menos rígidos con los otros dos niños, abrazándolos y volviendo a demostrar todo el amor que sus padres les tenían.

No conocía la logoterapia en ese momento, me comenta "siento que todos la llevamos dentro, es nuestra naturaleza, pero hay gente que le sirve mas ser víctima".

Decidió estudiar tanatología. Luego empezó a estudiar logoterapia, que me cuenta que fue como ponerle nombre a lo vivido.

Entendió que en el sufrimiento no hay un más o un menos, hay un límite y cada uno tiene el suyo, así que aprendió a respetar el dolor del otro sin importar como lo veía ella de profundo.

Celia siguió estudiando, hizo Gestalt, corporal, estas técnicas le ayudaron a conocerse, a entenderse y ubicarse en “su vida”, fue un trabajo personal, cada vez más adentro, ya no solamente con el duelo.

Doce años después de la muerte de Andrés, Fernando, el pequeño, tuvo un accidente y murió.

Me cuenta Celia: “la muerte de Fernando me llegó en un momento de crecer en la espiritualidad, con un camino ya recorrido, que empieza desde otro lugar, entender la vida y la muerte desde otro lugar, tenía menos miedos porque ya muchos los había vivido, pero estaba confirmado que tiraría hacia adelante con mi vida, sabía que no podía controlar los acontecimientos, pero sí lo que YO hacía con ellos”.

Me sigue contando “cada situación en la vida trae su caja de herramientas, en uno mismo está abrirla o no. Yo le digo que eso es verdad, pero, ¿qué pasa si no la ves, si no sabes cómo utilizar tu cajita?, y me contesta algo tan sencillo y maravilloso como esto: “si no la ves, puedes pedir ayuda, no todo el mundo puede ver su caja de herramientas, pero sí, todo el mundo puede pedir ayuda”.

Finalmente Celia terminó su relato con estas palabras: “agradezco a mis tres hijos, que se han ido, pues con su vida y su muerte me han permitido ser y vivir de una forma diferente, me han permitido tocar más mi esencia de ser. Veo que tengo tanto que desarrollar que no puedo dejarlo pasar”.

También me ha pedido que deje constancia del amor tan profundo que siente por su hijo Carlos, y el respeto que siente por su vida y su independencia. Transmitirle su amor incondicional. Una vez empiece a hacer su vida independiente, me dice: “Él puede regresar a mí, cuando quiera, como quiera y si quiere; para mí estará bien su elección”.

Actualmente Celia está estudiando Reiki y Jin Shin Jiutsu, un trabajo con la energía y la curación con las manos.

Trabaja con familias que han sufrido pérdidas como ella.

Celia, es una persona alegre, tiene en cuenta a los demás, escucha mucho más que habla, es discreta y sólo si le preguntas da su opinión.

Para mí su vida es un testimonio, de generosidad, valentía y coraje. Su ejemplo y sencillez son un canto a la esperanza, un testimonio de que con

voluntad podemos ser lo que nosotros queramos ser, y llegar a donde nos propongamos.

Quiero agradecerle haberme permitido entrar en su vida y ser su amiga.